

RECUERDO DE LUIS LACASA

A cuento del centenario de su nacimiento, recordaremos a un arquitecto singular. Luis Lacasa fue probablemente uno de los que más radicalmente buscaron la modernidad que hoy, sin embargo, parecemos todos dispuestos a olvidar. Me refiero a una modernidad comprometida con su propio presente, en busca de un futuro mejor para la mayoría.

Aprovechó de las propuestas de la vanguardia los contenidos más profundos: el del inconformismo, el de la coherencia, el de la ética. Al margen de las formalizaciones más superficiales y de su propaganda canónica. De ahí su enfrentamiento, razonado y crítico, a ciertos comportamientos, mayoritarios, que permitieron adaptaciones y mixtificaciones.

La aventura personal de Luis Lacasa

(Ribadesella 1899-Moscú 1966) es, en el fondo, la de una profesión que trata de encontrar su posición en un contexto de cambio traumático y en una profunda crisis de mentalidad. En ese transfondo generacional, la de los arquitectos españoles que asumieron el papel fundamental de comenzar de nuevo su propia historia y renovar con ella su función social, la figura de Lacasa se convierte en una referencia, sociológicamente marginal quizás, por su compromiso ideológico radical, pero históricamente fundamental, precisamente por su atipicidad. Pensar al margen de lo que hoy llamaríamos políticamente correcto, por su propia cuenta y asumiendo individualmente el riesgo de la soledad hasta sus últimas consecuencias, supuso en su caso una coherente acti-

tud ética e intelectual, cuyo carácter, por el modo de desarrollarla, puede hacerla profundamente estética. Una postura quijotesca, "española", que le llevó a predicar, en el desierto sin duda, con el ejemplo. Su afiliación política, su exilio en Rusia y China, su abandono de la práctica de la arquitectura para simplemente sobrevivir como individuo, su autoconstrucción intelectual y su capacidad de sacrificio, generosa y sin rencor, son motivos suficientes para recordar las bases, en que, a mi parecer, comienza, aunque no termina, la arquitectura capaz de construir el futuro. En la inteligencia y en la honestidad individuales.

No fué, y no lo pretendió, y así lo entendió, el mejor arquitecto según los parámetros convencionales. Se limitó al ejercicio de la sensatez y el realismo.

Comprendió que desde la arquitectura no se podía cambiar el mundo. Y seguramente desde el trabajo individual, tampoco. Desde el esfuerzo personal, sólo es posible la mejora de uno mismo. Esto, que sin embargo es aparentemente tan nimio, es casi siempre en exceso pesado. Su generación lo supo de forma especialmente cruel.

Su ejemplo concreto nos parece hoy de extraordinaria validez, aunque seguirlo sea seguramente imposible para un colectivo que se limita a sobrevivir de forma gregaria, creyendo en los fuegos de artificio.

El mensaje de Luis Lacasa es al interior, se presta con dificultad al homenaje, a los fastos triunfales. Sin embargo, aquellos que conocemos por su capacidad para el disfraz, se adherirán, no obstante, a la memoria de un desarraigado a su pesar.

Es precisamente esa consciencia de los obstáculos y su capacidad para mantener sus convicciones, la que engrandece su postura, pagada con el exilio de por vida.

Que no con el olvido de quienes, sin conocerle, reivindicamos su actitud. ■

Miguel Ángel Baldellou

El arquitecto Luis Lacasa y el escultor Alberto Sánchez en Pekín. 1958.

